



Ara-is

Al-Murull

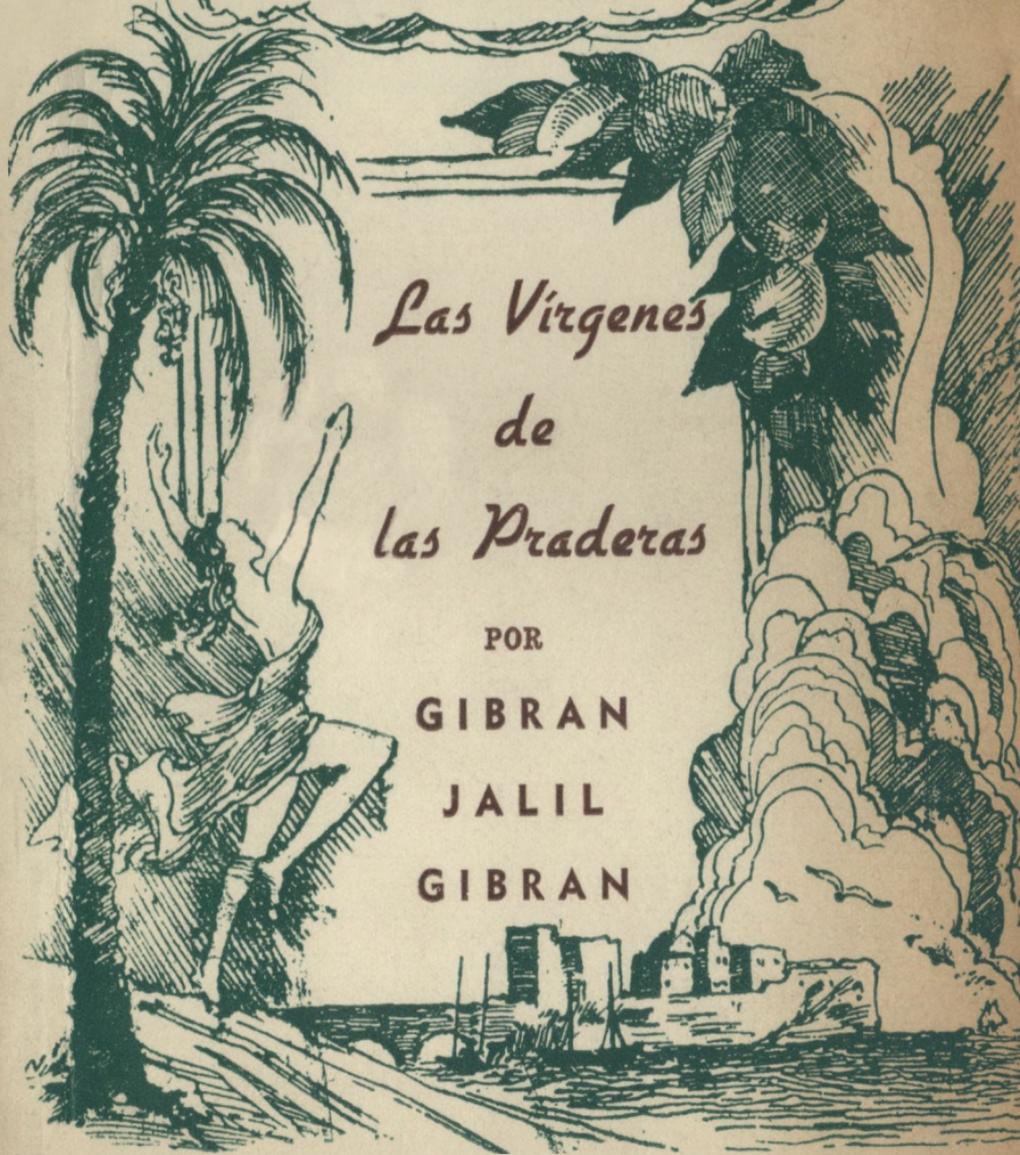
*Las Virgenes
de
las Praderas*

POR

GIBRAN

JALIL

GIBRAN



*Las Vírgenes de las
Praderas*



Autoretrato del eminente poeta, pensador y pintor Libanés

"GIBRAN JALIL GIBRAN"

Gibrán Jalil Gibrán

Las Vírgenes de las Praderas

('ARA-IS AL-MURULL)

Traducción de

HAIKAL OBAID RAIDE

COLECCION "DUNIA"

Santiago - Chile

1 9 6 1

Derechos reservados con-
forme a la ley
Registro N° 24288

A SILVIA —mi esposa y colaboradora— ofrezco la versión de la conmovedora obra "**LAS VIRGENES DE LAS PRA-
DERAS**" del gran poeta - filósofo del Líbano Gibrán.

H. O. R.

Impreso en Chile

BIOGRAFIA DE

GIBRAN JALIL GIBRAN

(1883 - 1931)

El día 6 de enero de 1883, en la ciudad de Bicharri, localidad vecina a los milenarios cedros del Líbano, vio la luz por vez primera aquél que más tarde sería el insigne poeta árabe, GIBRAN JALIL GIBRAN.

Allí, en su ciudad natal, cursó Gibrán sus estudios primarios y cuando contaba once años de edad (1894), viajó con su madre y sus hermanos a Estados Unidos, permaneciendo tres años en la ciudad de Nueva York. En ella, Gibrán se consagró con empeño al estudio del inglés y del dibujo.

Fue allí también donde el joven escritor perdió a sus seres más queridos: su madre y dos de sus hermanos, sobreviviéndole una de sus hermanas, Mariana, la cual lo acompañó durante toda su vida.

En el año 1897, Gibrán regresó al Líbano e ingresó al Instituto Superior "Al-Hikmat", de Beirut, en el cual perfeccionó sus estudios de los idiomas árabe y francés.

En 1902, una familia norteamericana, de su amistad, le in-

vitó a una gira mundial, la cual inició por Egipto, Turquía, Grecia e Italia y más adelante, París y Londres.

Luego decidió regresar a Estados Unidos y esta vez se radicó en Boston, cuna de la intelectualidad. En esta ciudad Gibrán publicó sus primeros libros: "La Música" y "Lágrimas y Sonrisas". Esta última causó sensación en el mundo literario árabe. Por aquel tiempo colaboraba Gibrán en el periódico "Al-Muhallir" que se publicaba en Nueva York, en lengua árabe. En Boston exhibió por primera vez su pintura y dibujos (1905).

En 1908, su inquietud y afán de perfeccionamiento lo llevaron nuevamente a París, donde ingresó a la Academia de Bellas Artes, graduándose tres años más tarde. Sus cuadros fueron recibidos en la Exposición Nacional Francesa, a la vez fue elegido miembro de la Sociedad de Artes Francesa y miembro honorario de la Sociedad de Pintores Ingleses. En París conoció al gran escultor Augusto Rodín, quien dijo de él: "El mundo debe esperar mucho de este poeta pintor libanés, que hoy es el William Blake del Siglo XX".

Luego regresó a Estados Unidos, viviendo alternativamente en las ciudades de Boston y Nueva York, dedicándose sólo a escribir y pintar.

En 1923 realizó con gran éxito una exposición de sus obras pictóricas en Nueva York. También en aquel año fundó la "Liga de Escritores Arabes" que reunió a todos los escritores árabes radicados en esa ciudad estadounidense.

La intensa actividad de Gibrán lo llevó prematuramente a la tumba, falleciendo en Nueva York el 11 de abril de 1931.

Años más tarde sus restos mortales fueron trasladados al Líbano donde reposan en su ciudad natal Bicharri. Su tumba y su Museo son un lugar de peregrinaje para los amantes de las letras árabes y del genio literario de Gibrán.

GIBRAN JALIL GIBRAN

Por GABRIELA MISTRAL

“Había nacido en la región del Monte Líbano, y era el árabe común de rostro vulgar; pero en su alma cargaba con todo el Oriente. Finezas extremas de chino había en él; metafísicas indostánicas le relampagueaban en la conversación; unos toques de la espiritualidad pura de la Persia y, a veces el pinchazo de la intensidad judía. Todo ello, pasado por unos escepticismos venidos de Salomón, que daban a uno que otro poema y a su charla misma, cierto sabor de cáscara de nuez, amarga y confortante.

Su fama se enfrentaba con la de Tagore y, para algunos decepcionados de las mieles abusivas del indú, el libanés era superior.

El Oriente se había dado tanto o más cuenta de él, que la Nueva York donde vivía desde hacía veinte años. El ponía bonito orgullo en el aprecio del Oriente y me mostró, con gesto de niño regalón, ediciones de sus poemas mimados, algunos manuscritos, maravillas verdaderas en árabe.

El caos barroco de misticismo neoyorkino lo había maleado un poco y en sus dibujos, especialmente, aparecía esta confusión de su mente en alegorías trascendentalistas de mal gusto, que se balanceaban entre un paganismo rodineano y unos espiritualismos ingenuos, a lo Miss Eddy de la “Ciencia Cristiana”.

Hablaba de los dioses que lo visitaban en sus amigos, con una familiaridad swenderborgiana o blakeana.

Pero, el dios que ya estaba tendido en sus entrañas, era el de la postrimería, el dios solapado y amarillo como un chino que los médicos llaman secamente cáncer.

Dos meses después de mi conversación jovial con él, se nos moría el hombre sabio y profundo en un vulgar hospital, entre instrumentos de níquel y catres laqueados de blanco”.

LAS CENIZAS DE LOS SIGLOS Y EL FUEGO INMORTAL

(EN EL OTOÑO DEL AÑO 116 ANTES DE CRISTO)

CALMOSE la noche y se detuvo la vida en Baalbek, la Ciudad del Sol, y se apagaron los cirios en las casas diseminadas en torno a los enormes templos erguidos entre los olivos y laureles, y se alzó la luna y sus suaves rayos se esparcieron sobre la blancura de las marmóreas columnas que se levantan cual gigantes que velan en la tranquila noche los altares de los dioses, y los rayos miraron orgullosa y altaneramente a las torres que se alzan en los riscos de los Montes del Líbano en frente a las lejanas colinas.

Y en esa hora colmada del hechizo del silencio, en esa hora que une los espíritus de los durmientes con los sueños del infinito, llegó Nathán, el hijo del sacerdote, y entró al templo de la diosa Astarté, y con la antorcha que llevaba en la temblorosa mano encendió los cirios y los incensarios del templo, exhalando de inmediato de éstos el perfume del incienso y de la mirra que cubrió la estatua de la diosa con un velo sutil como

el que cubre los deseos en el corazón del hombre, y poniéndose de hinojos ante el altar recamado de oro y de marfil, levantó las manos y miró hacia lo alto, y en sus ojos las lágrimas llamaron a las lágrimas y con voz trémula y ahogada con los amargos suspiros clamó diciendo: Piedad, oh grande Astarté, piedad, oh diosa, del amor y de la belleza, ten piedad de mí y detén la mano de la muerte antes que golpee a mi amada a la cual mi alma eligió por tu voluntad... Las medicinas y los brebajes de los médicos nada han podido hacer, y fueron vanas las visitas de los sacerdotes y exorcistas, y sólo me resta como ayuda y amparo tu sagrado nombre, acepta, pues, mis súplicas y mira la tormenta en mi corazón y el dolor de mis sentimientos, y haz que la otra parte de mi alma sobreviva junto a mí, para que nos alegremos con tu amor y seamos felices con la belleza de la juventud que proclama los secretos de tu gloria. Desde estos abismos clamo a tí, oh sagrada Astarté. Detrás de la obscuridad de esta noche invoco tu misericordia; soy yo tu siervo Nathán, hijo del sacerdote Hiram, quien ha consumido su vida en el servicio de tu altar. He amado a una virgen entre las vírgenes, y la he hecho mi compañera y las hadas nos cobraron envidia y han insuflado en su grácil cuerpo el veneno de una extraña enfermedad, y han enviado al apóstol de la muerte para que la lleve a sus embrujadas moradas y ahí está ahora agazapado junto a su lecho, rugiendo como un tigre hambriento, cubriéndola con sus negras alas y extendiendo sus hirsutas garras para arrancarla de mis entrañas.

Por eso es que vengo a tí humildemente, ten piedad de mí y conserva a mi amada como a una flor que aún no sabe de los goces del estío de la vida, y como a un ave que no ha terminado aún de entonar sus alegres melodías por la llegada del alba de la juventud. Sálvala de las garras de la muerte y

nos alegraremos con los himnos en tu loor, ofreciendo sacrificios en gloria a tu nombre, degollando las víctimas propiciatorias ante tu altar y colmando con vino añejo y aceite perfumado los cántaros de tu ara, cubriendo de rosas y jazmines el atrio de tu templo y quemando incienso y mirra ante tu imagen. Sálvala, oh diosa, de los milagros y haz que el amor venza a la muerte, pues tú eres la diosa de la muerte y el amor.

Nathán guardó silencio por un momento, y en su dolor derramaba lágrimas y exhalaba suspiros, y luego volvió a decir: Oh cuanta angustia, sagrada Astarté, mis sueños se han disipado, mi alma yace destrozada, mi corazón ha muerto en mi interior y mis reseca s lágrimas queman mis ojos. Dame la vida por piedad y consérvame a mi amada. Y en aquel instante entró al templo uno de los esclavos de Nathán y acercándose a él le susurró a los oídos estas palabras: Señor, ella ha abierto los ojos y mirando alrededor de su lecho no te ha encontrado y te llama incesantemente por lo cual vengo a buscarte.

Alzóse Nathán y marchó rápidamente yendo en pos suya el esclavo. Y llegado que hubo a su palacio entró Nathán a la habitación de la enferma e inclinándose sobre su lecho tomó su débil mano entre las suyas y besó repetidamente sus labios como si quisiera infundir en su cuerpo enfermo nueva vida de su propia vida. Ella, entonces, volvió hacia él su rostro sumido en suaves almohadas de seda y entreabriendo sus párpados, esbozó en sus labios la sombra de una sonrisa que fue como la señal del resto de vida que le quedaba y como el último rayo de luz de su alma fugitiva y como el eco del apresurado llamamiento del corazón que está por detenerse. Y luego la joven habló y su vacilante voz parecía más bien el suspiro del hambriento hijo de una madre pobre. Dijo entonces: los dioses me han llamado, oh prometido de mi corazón, y la

muerte ha venido a separarme de tí, pero no te aflijas porque la voluntad de los dioses es sagrada y es justa la sentencia de la muerte. Me voy ahora, pero las copas de la juventud están aún repletas en nuestras manos y los bellos senderos de la vida siguen abiertos ante nosotros. Me voy, oh amado mío, a los verdes campos que habitan los espíritus, pero volveré otra vez a este mundo porque Astarté, la magnífica, hace retornar a esta vida a las almas de los amantes que se van a la eternidad antes de gozar con los placeres del amor y las alegrías de la juventud. Ya nos encontraremos nuevamente, Nathán, y libaremos juntos el rocío de la mañana en las copas de los nardos y nos regocijaremos junto con los pajarillos del campo y con los rayos del sol. Hasta pronto, amado mío.

Y su voz se fue haciendo cada vez más tenue, y sus labios temblaron cual pétalos marchitos de margarita agitados levemente por la brisa del alba. Su amado la estrechó entre sus brazos empapando de lágrimas su cuello y al posar sus labios en su boca la encontró fría como la nieve. Nathán lanzó, entonces, gritos desgarradores y rasgando sus vestiduras se abrazó a su cadáver yacente mientras su alma adolorida vacilaba entre la vida y la muerte.

Y en la serenidad de aquella noche, temblaron los párpados de los que dormían y las mujeres del barrio sufrieron atormentadas y las almas de los niños tuvieron miedo y las oscuras vestiduras de la noche se cubrieron de dolorosos lamentos, de amargos llantos y de tristes alaridos que se elevaban en torno al palacio del sacerdote de Astarté.

Y cuando hubo llegado la mañana, las gentes buscaron a Nathán para consolarlo y aliviar su dolor, pero no lo encontraron.

Días más tarde el Jefe de una caravana llegada del oriente informó haber visto a Nathán en las lejanas praderas vagando junto a las manadas de gacelas.

TRANSCURRIERON los siglos triturando con sus misteriosos pies las obras de los siglos y los antiguos dioses se alejaron del país para ser reemplazados por otros dioses de duro seño a quienes gusta derruir y destruir. Y los soberbios templos de la Ciudad del Sol fueron demolidos y sus hermosos palacios se derrumbaron y sus verdes prados se secaron, y los fértiles campos de sus alrededores se hicieron yermos y no quedó en toda aquella región sino que ruinosos restos como testimonio del ayer cuyo recuerdo hiera, y que evocan en las almas los loores de la antigua gloria acongojándola.

Pero los siglos que devoran las obras de los hombres no son capaces de extirpar sus sueños y de destruir sus sentimientos.

Porque los sueños y los sentimientos de cada hombre perduran a través de la inmortalidad del alma universal y esos sueños y esos pensamientos pueden disiparse por algunos instantes para volver luego a renacer de la misma manera que el sol cuando llega la noche y la luna al llegar la mañana.

(En la primavera del año 1890 de la llegada de Jesús el Nazareno).

Se esfumó el día y amenguó la luz y el sol recogió sus haces sobre las llanuras de Baalbek y volvió Ali Al-Husaini delante de sus rebaños a las ruinas del Templo y se sentó en las columnas que allí yacen semeando la osamenta de un soldado destrozado en el campo de batalla, roída por la acción del agua y del viento, y sus ovejas se echaron en rededor suyo apaciguadas con las suaves melodías de su flauta.

Llegó la medianoche y el cielo dejó caer las semillas del amanecer en las profundidades de su misma obscuridad, y los párpados de Ali se cansaron con las sombras de la vigilia y su mente se agotó con el paso de los cortejos de imágenes que caminaban con cautelosa serenidad entre las derruidas paredes.

Y, entonces, Alí se apoyó en su brazo y el sueño acercándosele rozó sus sentidos con los bordes de los pliegues de su manto así como la sutil bruma acaricia el rostro de la serena laguna. Y Alí, olvidándose de su ser accidental, se encontró con su misterioso ser esencial repleto de sueños que se alzan por encima de las leyes del hombre y de sus enseñanzas y ante su vista se amplió la esfera de lo visible y se le revelaron los más profundos arcanos, y su alma se separó del cortejo del tiempo que conduce hacia la nada y se detuvo solitaria ante las armoniosas ideas y las imágenes entrelazadas, y por primera vez en su vida Alí llegó a intuir las causas del hambre espiritual que acosaban su juventud: aquel apetito que une la dulzura de la vida con su amargor; aquella sed que ata el angustioso suspiro de la añoranza con la paz de la resignación; aquella pasión que no logran borrar las glorias del mundo y no consiguen torcer las corrientes de la vida. Alí Al-Husaini, por primera vez en su vida experimentó un extraño sentimiento producido en él por las ruinas de los templos. Leve sentimiento semejante al recuerdo que guarda el incienso del fuego en que ardió, sentimiento mágico que tocó sus sentidos de la misma manera que se posan los dedos del músico sobre las cuerdas de su instrumento. Nuevo sentimiento brotado de la Nada o del Todo, y que creció y se encaminó hasta abrazar su ser esencial y llenó su alma de un deseo que adolecía de sutilidad y de un dolor suavizado por su propia amargura y que agrada por su rigor: Un sentimiento que nació en los vacíos de un minuto colmados por el sueño, porque la impronta de los siglos se engendra en un minuto así como surgen las naciones de una gota de agua.

Miró Alí el templo destruido y en su sueño convertido en un despertar espiritual, aparecieron ante él los altares resquebrajados, los lugares donde se alzaban las derrumbadas columnas y las bases de los muros desplomados. Su mirada se detu-

vo, su corazón palpité y como un ciego a quien repentinamente se le diera la vista, Allí comenzó a ver, a discurrir y a meditar — a discurrir y a meditar — y en las ondas de su pensamiento y en las esferas de su meditación nacieron en su alma los fantasmas del recuerdo y recordó — recordó aquellas columnas erguidas orgullosa y majestuosamente. Recordó los cirios y los incensarios argentinos rodeando la estatua de una diosa venerada. Recordó a los solemnes sacerdotes depositando las ofrendas ante el altar decorado con oro y marfil. Recordó a las doncellas que tañían los platillos y los jóvenes que cantaban los himnos a la diosa del amor y de la belleza. Recordó esas imágenes nítidas ante su visión electrizada y sintió la impresión de esos misterios removiendo hasta lo más íntimo de las profundidades de su alma. Pero los recuerdos sólo nos devuelven el espectro de los cuerpos que han pasado por nuestra vida y sólo retornan a nuestros oídos el eco de las voces que se fueron, y entonces ¿qué relación existe entre esos recuerdos y la vida de un joven nacido en la campiña y que ha consumido la primavera de su vida pastoreando sus ovejas en las praderas?

Se levantó Allí y caminó entre las piedras desplomadas y sus lejanos recuerdos fueron entreabriendo los espesos velos de su imaginación del mismo modo que la joven separa la telaraña que recubre su espejo. Y al llegar al atrio del templo se detuvo como si bajo el piso hubiera habido un imán que retuviera sus pies. Miró y vio ante sí, caída en el suelo, una estatua destrozada. Se arrodilló impensadamente ante ella y sus sentimientos brotaron de sus entrañas de la misma manera que corre la sangre desde las profundas heridas y las palpitaciones de su corazón aumentaban y disminuían del mismo modo que suben y bajan las ondas del mar. Inclino Allí su vista, suspiró amargamente y lloró dolorosamente porque sintió una angustiada so-

ledad y el distanciamiento que había entre su alma y una bella alma que estaba junto a él antes que llegara a esta vida.

Sintió que la esencia íntima de su alma no era sino una llama que Dios separó de sí mismo antes de la llegada de los tiempos.

Sintió el roce de unas gráciles alas que revoloteaban dentro de sus ardientes entrañas y en torno a los decaídos pliegues de su cerebro. Sintió que un grande y fuerte amor embriagaba su corazón y se hacía dueño de sus suspiros, aquel amor que revela los secretos del alma al alma y que con su ascendiente separa la razón del mundo mensurable y cuantitativo, aquel amor cuya voz oímos cuando callan todas las lenguas de la vida y que vemos erguido cual luminosa columna cuando las tinieblas cubren todas las cosas.

Aquel amor, aquel Dios había penetrado en aquella serena hora en el alma de Alí Al-Husaini y despertado en ella dulces y amargos sentimientos del mismo modo que el sol hace brotar las flores y también las espinas.

¿Pero qué es este amor, de dónde proviene y qué es lo que espera de un joven pastor que se ha refugiado con su ganado entre aquellos templos en ruinas? ¿y qué clase de vino es ése que ha sido derramado sobre un corazón jamás antes tocado por mirada de mujer, y qué es esa canción divina que resuena en los oídos de un beduino que nunca se ha embriagado con la voz de una mujer?

¿Y qué es ese amor, de dónde proviene y qué es lo que pretende de Alí que está despreocupado de las cosas del mundo abstraído solamente en cuidar su rebaño y en tocar su flauta? ¿Es acaso la semilla arrojada en los surcos de su corazón por una bella beduina sin que sus sentidos lo hayan percibido? O es acaso un rayo que estaba oculto tras de las tinieblas y que ha aparecido ahora para iluminar hasta los últimos rincones de su alma? O es acaso un sueño que actuó en medio de la serenidad

de la noche para burlarse de sus sentimientos, o es acaso una verdad que existe desde toda eternidad y que perdurará hasta la consumación de los siglos?

Cerró Alí sus párpados, extendió sus manos suplicantes cual las de un mendigo, su alma tembló y de sus continuos temblores brotaron los angustiados lamentos que fluctúan entre la vileza de la queja y la violenta pasión de la añoranza, y con una voz a la que sólo distinguen del lamento los sonidos de las tenues palabras clamó diciendo: ¿“Quién eres tú que estás tan próxima a mi corazón y tan lejos de mi vista, que me separas de mí mismo y que atas mi presente con tiempos lejanos ya olvidados? Eres acaso el espectro de una doncella que ha venido del mundo inmortal a demostrarme la vanidad de la vida y la debilidad de la humanidad o eres acaso el alma de la reina de las hadas que ha surgido de las grietas de la tierra para robarme la razón y hacer de mí causa de escarnio entre las muchachas de mi tribu”?

¿Quién eres y qué es ese hechizo que mata y revive a la vez aferrado a mi corazón? ¿y qué son estos sentimientos que repletan mis alas de luz y de fuego? ¿y quién soy yo y quién es este nuevo ser a quien llamo “mi yo” y que sin embargo es extraño a mí mismo? ¿Acaso he bebido el agua de la vida con átomos del aire y me he transformado en un ángel capaz de ver y oír los más secretos arcanos o acaso un vino arrobador me ha embriagado y enseguecido y me impide ver la verdad de las cosas razonables?

Alí se detuvo un momento, sus sentimientos se desarrollaron y su alma se sublimó y dijo: Oh tú, sombra, a quien el alma te revela acercándote a mí y a quien la noche esconde y aleja, oh tú, bello espectro, que revoloteas en torno al hálito de mis sueños —has despertado en mí sentimientos que dormían en mi interior de la misma manera que las semillas de

las flores germinan escondidas bajo la capa de la nieve, has pasado como el viento que lleva los suspiros del campo y has rozado mis sentidos haciéndolos temblar como las hojas de los árboles. Déjame verte si acaso te recubre algún vestido material, o haz que el dormir me cierre los párpados para poder verte en el sueño. Si estás hecha de barro, déjame tocar y hazme escuchar tu voz. Desgarra este velo que cubre mi ser y destruye esta estructura material que cubre mi divinidad y provéeme de alas con las que pueda seguirte hasta los escenarios del mundo superior si es que a él perteneces o toca mis ojos con el hechizo para que pueda seguirte hasta los escondrijos de las hadas si una de ellas tú fueres. Pon tu misteriosa mano sobre mi corazón y poséeme si me encuentras digno de seguirte.

Alí susurraba en los oídos del atardecer sus palabras que no eran sino la repetición del eco de una melodía que vibraba en su pecho y ante su vista y en su alrededor huían fantasmas como si fueran columnas de humo que nacían de sus ardientes lágrimas y sobre los muros de los templos se dibujaban misteriosas imágenes pintadas con los colores del arco iris.

Así pasó una hora durante la cual Alí se sintió alegre con sus lágrimas y se regocijaba con su dolor escuchando las palpitaciones de su corazón y durante esa hora, asimismo, Alí miraba hasta el más allá de las cosas como si viera los espectros de esta vida disolverse lentamente para dar paso a un sueño extraño por sus bellezas y pavoroso por sus horrores, y como un profeta que medita en los astros del firmamento esperando la llegada de la inspiración, aguardaba anhelante Alí el fruto de los minutos de espera y sus agitados suspiros tenían el ritmo sereno de su respiración, y su alma lo aban-

donaba y vagaba a su alrededor para luego tornar a él como si buscara entre las ruinas algo perdido muy caro a su corazón.

* * *

Apareció el alba y la serenidad tembló al paso de sus brisas y la luz violeta se difundió en los átomos del aire, y el horizonte sonrió como un soñador que ha vislumbrado el rostro de su amado, y entonces aparecieron las aves de entre las grietas de los muros en ruinas, y comenzaron a brincar entre las columnas cantando y jugueteando entre ellas anunciando así la llegada del día. Entonces Alí se puso de pie y se colocó la mano en su ardiente frente mirando alrededor con fruncido ceño, y al igual que Adán cuando el soplo divino abrió sus ojos miraba con extrañeza cuanto veía en torno suyo.

Luego, acercándose a sus ovejas, las llamó y éstas se levantaron desperezándose y lo siguieron calmadamente hacia las verdes praderas. Alí caminaba delante de su rebaño con sus grandes ojos clavados en el límpido firmamento en tanto que sus sentimientos desentendiéndose de las cosas sensibles le iban revelando los secretos arcanos de la existencia y le dejaban ver en una sola mirada cuanto había pasado en los siglos y lo que de ello quedaba y con otra mirada olvidaba todo aquello y en su corazón despertaba el deseo y la añoranza. Entonces Alí se encontraba oculto a lo más íntimo de su propia alma de la misma manera que el ojo se esconde de la luz y suspiraba y cada suspiro le arrancaba una llama de su ardiente corazón.

Y luego llegó Alí hasta el arroyuelo que revelaba en su murmullo los secretos de las campiñas y se sentó junto a la ribera bajo la sombra de los sauces cuyas ramas penden hasta tocar el agua como si quisieran absorber su dulzura. Entre tanto sus ovejas se inclinaban a pacer mientras el rocío de la mañana brillaba sobre los vellones de su blanca lana. Antes que pasara siquiera un momento, Alí sintió acelerar los latidos de su corazón y apresurarse las palpitations de su alma, y como quien despierta del sueño herido por los rayos del sol, Alí vio aparecer detrás de los árboles a una joven que se aproximaba lentamente al manantial con una jarra sobre sus hombros y con los descalzos pies humedecidos por el rocío de la mañana.

Cuando la joven llegó a la orilla del arroyo y se inclinó para llenar su cántaro miró hacia la otra ribera y sus ojos se encontraron con los de Alí. Lanzando un grito la joven dejó caer su cántaro retrocediendo algunos pasos y sus ojos se posaron nuevamente en Alí a quien miraba como un viejo conocido que se hubiere perdido de vista y repentinamente fuera reencontrado... Pasó un minuto cuyos segundos fueron como luminarias que guiaran los corazones de ambos el uno hacia el otro creando en la serenidad extrañas melodías que retornaban a sus almas los ecos de vagos recuerdos y cada segundo hacía aparecer recíprocamente a Alí y a la joven en un lugar distinto al que se encontraban rodeados de imágenes y espectros lejos de aquel arroyo y de aquellos árboles. Entretanto se miraban uno al otro en forma escudriñadora y a la vez suplicante y se oían mutuamente sus suspiros con toda la potencia de sus sentimientos y se hablaban entre sí con todo el lenguaje de que sus almas eran capaces. Y cuando se hubo alcanzado la plena comprensión y el completo conocimiento entre sus almas, Alí atravesó el arroyo lle-

vado por una fuerza oculta, se dirigió hacia la joven y al llegar donde ella la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios, el cuello y los ojos sin que ella atinara a resistir su abrazo y sus caricias, como si la dulzura de aquel abrazo le hubiese quitado su voluntad y la ternura del contacto mutuo hubiese arrebatado sus fuerzas y la joven se sometió de la misma manera que el aroma del jazmín se entrega a las ondas de la brisa y reclinó su cabeza sobre el pecho de Alí como un caminante fatigado que ha encontrado su reposo. Y ella dejó escapar ese suspiro profundo que produce en un corazón cohibido el hecho que lo regocija y que revela la ebullición del despertar de tendencias hasta entonces dormidas, y luego la joven alzando la cabeza miró a Alí con la expresión de quien encuentra muy pequeñas las palabras frente a la sensación de serenidad —que es lenguaje de las almas— y de quien no acepta que el amor sea un alma dentro de un revestimiento meramente formal.

Y caminaron los dos amantes entre los sauces. La soledad de cada uno de ellos era el lenguaje que hablaban en su misión, y el oído que prestaba atención a la inspiración del amor y el ojo que observaba la gloria de la felicidad. Y tras de ellos caminaban sus corderillos mientras comían los extremos de las hierbas y de las flores y a cada paso se encontraban los amantes con los pájaros que cantaban las melodías del amanecer.

Y cuando hubieron alcanzado el valle y el sol había salido tendiendo sobre las colinas su manto dorado, se sentaron junto a una roca con cuya sombra se protegían las violetas de los candentes rayos de sol. Al cabo de un momento la joven miró fijamente al iris de los ojos de Alí en tanto que la brisa jugueteaba con sus cabellos cual si fuesen labios invisibles que quisieran besarla y sintió como si unos dedos mis-

teriosos tocasen a pesar suyo su lengua y sus labios y habló y en su voz había una dulzura punzante; diciendo:

—Oh amado mío, Astarté ha devuelto la existencia material a nuestras almas para que no nos privemos de las dulzuras de la vida y de la gloria de la juventud.

Alí cerró sus párpados y la armonía de las palabras de la joven trajo nuevamente a su conciencia los espectros de un sueño que muchas veces se le había presentado mientras dormía y Alí sintió como si unas alas invisibles lo transportaran a una extraña habitación junto al lecho sobre el cual yacía el cuerpo de una bella mujer a la cual la muerte había arrebatado su hermosura y la lozanía de sus labios y dando un grito de espanto ante la horrible escena Alí abrió sus ojos y vió junto a sí sentada a la joven y en los labios de ella la sonrisa dulce del amor y en su mirada los ardientes rayos de la vida. El rostro de Alí se iluminó y su alma se reavivó y las imágenes de su visión se esfumaron y olvidó su pasado y sus consecuencias...

Los dos amantes se abrazaron y bebieron del vino de los besos hasta embriagarse y ambos se recostaron estrechamente unidos hasta que se hubieron disipado las tinieblas y el calor del sol del nuevo día vino a despertarlos.

||

Marta "La Banitana"

(Al-Baniyat)

MARTA "LA BANITANA"

(Al-Baniyat)

EL padre de Marta murió cuando ella aún estaba en la cuna, y su madre, antes de que cumpliera los diez años, y la huérfana fue recogida por un pobre vecino que vivía junto con su mujer y sus hijos de las semillas de la tierra y de sus frutos en la aislada aldea de Ban, escondida entre los hermosos valles del Líbano.

Y al morir su padre no le dejó en herencia otra cosa que su nombre y una pobre choza que se alza entre los nogales y los álamos, y cuando su madre murió no le quedaron sino las lágrimas del dolor y la humillación de su orfandad y Marta quedó cual si fuese extranjera en su propia tierra natal aislada entre las altas rocas y los frondosos árboles, y caminaba diariamente, en las mañanas, los pies descalzos y cubierta con su ropa raída tras una vaca lechera hacia el otro extremo del valle donde se encontraba el fértil pastoreo y allí se sentaba a la sombra de los árboles cantando con los pájaros, llorando con los arroyuelos, envidiando a la vaca la abundancia de su comida y mirando crecer las flores y aletear las mariposas. Y al caer el

sol regresaba cansada a la pobre choza y se sentaba en compañía de la hija de su amo a comer pan de maíz, un poco de frutas secas y legumbres aderezadas con aceite y vinagre, y haciendo su lecho en la paja seca y usando su propio brazo como almohada se dormía sollozando con el ansia de que la vida fuera sólo un dormir no interrumpido por sueños ni seguido por el despertar. Y al llegar el alba su amo la llamaba imperiosamente para encomendarle alguna labor y ella se levantaba de su lecho tiritando de temor ante su furor, tratando de evitar cualquier reprensión.

Y así pasaron los años y la pobre Marta crecía en aquellas colinas y lejanos valles, al igual que crecen los juncos y los sentimientos brotaban en su corazón, sin que ella lo percibiera, del mismo modo que surge el perfume en el profundo seno de la flor, y los sueños y temores la acosaban de la misma manera que los rebaños se arrojan a las vertientes, y así llegó a ser una muchacha cuya inteligencia semejaba a la tierra virgen y fértil en la cual no ha arrojado su semilla el saber ni ha sido hollada por los pasos de la experiencia y poseía un alma inmaculada y grande, aislada por los designios del destino en aquella aldea cuya vida cambiaba sólo con el curso de las estaciones, como si esa alma fuese la sombra de un Dios desconocido, erguido entre la tierra y el sol.

Los que hemos vivido en las ciudades repletas de gente nada sabemos casi de la vida de los que habitan las aldeas y campiñas aisladas a lo largo del Líbano. Hemos seguido la corriente de la civilización moderna y echado al olvido la filosofía de aquella hermosa existencia, sencilla, plena de inocencia y de candor, aquella vida que, cuando meditamos en ella, la hallamos sonriente en primavera, grávida en el verano, feraz en el

otoño y reposando en el invierno, asemejándose a nuestra madre Naturaleza en todos sus aspectos. Nosotros seremos más ricos que los aldeanos, pero ellos tienen un alma más noble; nosotros por mucho que sembramos, nada cosechamos; en cambio ellos recogen el fruto de lo que siembran. Nosotros somos esclavos de nuestras propias ambiciones y ellos en cambio son hijos de su conformidad; nosotros bebemos la copa de la vida mezclada de amargura, temor y decepción y ellos la beben límpida y pura...

Marta alcanzó los dieciséis años y su alma era cual un espejo cristalino en el que se reflejaba la hermosura del campo y su corazón semejava a las oquedades del valle que repetían el eco de todas las cosas... Un día de otoño, pleno de los susurros de la naturaleza, Marta se sentó junto al manantial que huía de la prisión de la tierra de la misma manera que los pensamientos fluyen de la mente del poeta y Marta miraba temblorosa las hojas amarillas de los árboles y veía con zozobra cómo el viento jugaba con ellas de la misma manera que la muerte juguetea con las almas de los seres, y Marta veía palidecer las flores y secarse sus corazones, hasta resquebrajarse y dejar caer y guardar sus semillas en la tierra, de la misma manera que las mujeres esconden sus alhajas en los días de turbulencias.

Y mientras ella miraba los árboles y las flores sintiendo junto con éstos el dolor del alejamiento del verano, percibió el ruido de cascos sobre las piedrecillas del valle. Marta volvió la cabeza y vio a un jinete que se acercaba hacia ella lentamente, y cuando se hubo acercado el jinete lo suficiente al manantial como para que pudiera verse en su vestidura y en sus facciones el lujo y la apostura que poseía, bajó de su caballo

y saludó a Marta con una gentileza que ella jamás había visto antes en otro hombre. Y luego de saludarla le dijo: "He perdido el camino que lleva hacia la costa ¿podrás tú, niña, mostrármelo? y Marta, poniéndose de pie, erguida como una vara junto al manantial respondió: "No sé el camino señor, pero iré donde mi amo y se lo preguntaré pues él podrá decíroslo". Dijo estas palabras claramente ruborizada y este rubor dió más belleza y dulzura a su rostro, y cuando quiso partir, el hombre la retuvo y en él bulló el vino de la juventud y cambiando su expresión dijo imperativamente: "No, no vayas". Marta se detuvo en el lugar en que se encontraba sintiendo con extrañeza en el mandato de su voz una fuerza que le impedía moverse. Y cuando Marta pudo robar a su propia vergüenza una mirada y vio que él la observaba con un interés que sus sentidos no alcanzaban a comprender y que le sonreía en forma tan hechicera que casi la hacía llorar por su dulzura y que observaba con cariño y atracción sus pies descalzos, sus hermosos brazos, su terso cuello y sus cabellos densos y suaves y cómo el sol había tostado su rostro y la naturaleza fortalecido sus brazos, mientras Marta con la cabeza inclinada de pudor no se atrevía a moverse ni podía articular palabra por una razón para ella desconocida.

Aquella noche la vaca lechera regresó sola a su establo, pues Marta no volvió con ella y cuando su amo al retornar en la noche no la halló, salió a buscarla por aquellas colinas y no la encontró. El la llamaba por su nombre y sólo las chozas y los susurros del viento entre los árboles respondían a su clamor y al volver el amo adolorido, narró a su mujer lo ocurrido y ésta llorando en su serenidad durante toda la noche se decía que había visto a Marta en sueños entre las garras de un animal feroz que desgarraba su carne mientras ella lloraba y sonreía.

Esto es todo lo que supe de la vida de Marta en esa hermosa aldea, de labios de un viejo aldeano quien la conoció desde que era muy niña hasta que creció y desapareció de aquellos lugares sin dejar otro rastro que unas pocas lágrimas en los ojos de la mujer de su amo, y un leve y enternecedor recuerdo que corría con las brisas de la mañana en aquel valle para luego desaparecer como el aliento de un niño sobre el cristal de un espejo.

Llegó el año 1900 y regresé a Beirut después de haber pasado mis vacaciones escolares en el Norte del Líbano y antes de reincorporarme a la escuela, pasé una semana recorriendo la ciudad en compañía de mis amigos, gozando de los beneficios de la libertad que tanto ama la juventud y que añora cuando está en el hogar paterno o dentro de las paredes escolares; y parecíamos pájaros que hubieran visto abrirse ante sí las puertas de sus jaulas y que satisficieran sus corazones con el regocijo de deambular por la ciudad y la alegría de poder cantar libremente. La juventud es un hermoso sueño que las profundidades de la ciencia van poco a poco absorbiendo, hasta transformarlo en rudo despertar. Llegará un día en que los sabios puedan conciliar los sueños de la juventud con la satisfacción del saber, de la misma manera que la reconciliación une los corazones por distanciados que ellos estén. Llegará acaso el día en que la naturaleza sea la maestra de los hijos de Adán y la humanidad su libro y la vida su escuela, ¿llegará acaso ese día? No lo sabemos, pero percibimos nuestro lento paso hacia la elevación espiritual, y ésta es la comprensión de la belleza de los seres a través de nuestros sentimientos y la búsqueda de la felicidad a través de nuestro amor hacia esa belleza.

En la noche de un día cualquiera, sentado en el balcón de mi casa, miraba el continuo trajín en la plaza de la ciudad y

escuchaba el bullicio de los vendedores callejeros y la algarrabía de cada uno de ellos ofreciendo lo mejor de sus mercancías, cuando se me acercó un muchachito vestido de andrajos que llevaba una cesta con ramilletes de flores y con débil voz apagada por la humillación atávica y la amarga vergüenza me dijo:

—¿Compraría flores, el Señor?

Miré su pequeño y pálido rostro y vi sus ojos orlados por la desgracia y la necesidad, y su boca apenas entreabierta parecía una profunda herida en un pecho adolorido, y sus frágiles brazos desnudos y su pequeña y enjuta estructura corporal inclinada sobre la cesta de flores semejaba un amarillento ramo de rosas marchitas entre la verde hierba. Al observar todas estas cosas no pude menos que demostrar mi afecto hacia el muchachito con una sonrisa que fue más amarga que las lágrimas. Una de esas sonrisas que surgen de lo más profundo de nuestros corazones y se revela en nuestros labios y que ascendería hasta nuestros ojos haciéndolos estallar en lágrimas, sí con un gran esfuerzo de nuestra voluntad no lo impidiéramos. Y luego adquirí algunas de sus flores, más bien con el propósito de comprar algunas palabras al muchacho, porque advertí que detrás de sus miradas había un corazóncito que encerraba en sí todo un acto de la tragedia de los pobres, que habitualmente se presentan en el escenario de los días, y que sin embargo pocos se preocupan de presenciar porque es desgarradora. Cuando hablé al muchachito con palabras dulces se tranquilizó, tomó confianza y me miró extrañado porque él, como sus semejantes, los pobres, sólo estaba acostumbrado al lenguaje duro de aquéllos que ven en los niños vagos un ser sucio y despreciable y no un alma pequeña herida por las flechas de los siglos. Entonces le pregunté diciendo:

—¿Cómo te llamas?

Y con los ojos fijos en el suelo respondió:

—Me llamo Fuad.

Dije: ¿De quién eres hijo y dónde viven tus padres?

Respondió: Soy hijo de Marta La Banitana.

Díjeme entonces: ¿Y dónde está tu padre?

El muchachito movió perplejo su cabeza como indicando que desconocía hasta la significación de la palabra padre, y le expresé:

¿Y dónde se encuentra tu madre, Fuad?

Contestó diciéndome: Está enferma en casa.

Mis oídos captaron las pocas palabras del muchacho y mis sentimientos absorbieron su significado evocando imágenes extrañas y dolientes espectros porque en un minuto advertí que la pobre Marta, cuya historia había conocido de labios de aquel viejo campesino, yacía enferma en Beirut. Aquella niña que pocos años há viviera feliz entre los árboles del valle hoy sufría en la ciudad los embates de la pobreza y del dolor, aquella muchacha que pasara su juventud sobre las palmas de la naturaleza pastoreando sus reses en los verdes prados, había sido arrastrada por la corriente del río de la corrompida vida civilizada y se había convertido en víctima entre las garras de la pobreza y la sordidez.

Y mientras pensaba e imaginaba todas estas cosas, el muchachito me miraba como si con los ojos immaculados de su alma viera destrozarse mi corazón, y cuando quiso marcharse, lo cogí de la mano y le dije.

Llévame donde está tu madre, porque deseo verla.

Y el muchachito marchó delante de mí silencioso y extrañado y de cuando en cuando volvía su cabeza para mirar hacia atrás y ver si realmente yo seguía sus pasos.

En aquellas sucias callejuelas, donde el aire parece fermen-

tar con el hálito de la muerte, en aquellos tugurios en que los malvados cometen sus crímenes al amparo del velo de las tinieblas, en aquellos laberintos que ondulaban ora a la derecha ora a la izquierda como negras serpientes, caminaba con temor y reverencia detrás de un muchachito que, de su propia infancia y de la pureza de su corazón, extraía un coraje que no son capaces de experimentar quienes no están habituados a la grosería de los hombres rudos que viven en la ciudad, que en Oriente se conoce con los nombres de La Novia del Líbano y la Perla de la Corona de los Sultanes. Cuando hubimos llegado a los confines del barrio, el muchachito entró a una humilde casa en la que los años habían dejado a penas una parte desplomada de la antigua construcción. Seguí al muchachito hacia el interior de la casa y mi corazón latía con mayor violencia mientras más nos internábamos en ella, hasta que llegamos al centro de una húmeda habitación, iluminada solamente por la tenue luz de un cirio que luchaba contra las tinieblas lanzando las flechas de sus amarillentos y débiles rayos. Esa débil luz me permitió ver que en la habitación no había otro mobiliario que un humilde lecho, revelador de una necesidad extrema y de una pobreza angustiosa, y sobre el cual yacía una mujer que tenía su rostro vuelto hacia el muro como si con ello quisiera defenderse de las tiranías del mundo o como si encontrara en sus grietas un corazón más tierno y afectuoso que los corazones de los humanos. Cuando el muchachito se acercó a la mujer y le habló llamándola: Madre, mientras me indicaba a mí, ella se movió entre los harapos que cubrían su lecho y con una voz dolorida que revelaba el profundo pesar de su alma y dejando escapar amargos suspiros dijo:

—¿Qué deseas hombre, acaso comprar mi vida en sus últimos instantes y mancharla con tus bajas pasiones? Aléjate de mí y vete a esas calles que pululan de mujeres dispuestas a ven-

derte su cuerpo y su alma aun al más vil precio, lo que es a mí sólo me queda para vender los despojos de unos suspiros interrumpidos que luego la muerte ha de comprar con la paz de la tumba.

Me acerqué a su lecho profundamente afectado por sus palabras que eran como el resumen de toda su trágica historia y le dije, en la esperanza de que mis sentimientos pudieran verse adecuadamente en palabras:

—No me temas Marta, no he venido hacia tí cual un animal hambriento, sino como un hombre adolorido. Yo soy un libanés que ha vivido por algún tiempo en aquellos valles y pueblos cercanos al bosque de los cedros. No me temas Marta.

Oyó mis palabras y al parecer comprendió que salían de lo más profundo de un alma que sufría junto con ella, tembló sobre su lecho al igual que las ramas desnudas sacudidas por el viento del invierno y puso sus manos sobre su rostro como si quisiera cubrirse del recuerdo terrible por su dulzura y amargo por su belleza. Y después de un corto silencio mezclado con suspiros y ayes, mostró su rostro entre sus manos temblorosas y pude ver dos ojos hundidos que miraban fijamente algo invisible erguido en el fondo de la habitación y dos labios secos que se movían con las palpitaciones de la desesperación y un cuello en que se repetía el eco del estertor de la agonía acompañado de ayes intermitentes y un sonido de una débil voz impelida por la angustia y la ansiedad y retenida por la debilidad y el dolor. Dijo entonces:

—Si has venido tiernamente movido por la caridad, que el cielo te lo pague por mí, si los pecadores somos dignos de la caridad y los desheredados merecemos la ternura. Pero te agradecería que volvieras por donde has venido, pues tu permanencia en este lugar sólo puede acarrearle vergüenza y azoramiento y tu ternura hacia mí sólo te trae rubor y deshonor. Sal antes de

que alguien te vea en esta habitación corrompida y ensuciada por la mugre de los puercos, que la han visitado y marcha rápido cubriendo tu rostro con tu manto a fin de que los transeúntes no puedan reconocerte. La ternura que inunda tu alma no puede devolverme la pureza, borrar mis pecados ni alejar la férrea mano de la muerte que oprime mi corazón. Por culpa de mi desgracia y de mis pecados estoy exilada en estas oscuras profundidades. No dejes que tu ternura te haga acercarte al vicio. Soy como el leproso que vive entre las tumbas. Retírate de mí porque de lo contrario los hombres te considerarán contaminado y te alejarán de sí. Vuelve al sol y no menciones mi nombre en aquellos sagrados valles porque la oveja sarnosa es negada por su propio pastor por temor a que se contagie el resto del rebaño. Y si llegares a mencionarme di únicamente que Marta "La Banitana" ha muerto y nada más agregues a ello.

Y luego Marta tomó las manecitas de su hijo, las besó con ternura y dijo entonces suspirando:

—La gente mirará a mi hijo con sorna y desprecio y dirá que es hijo del pecado. Dirán de él que es el hijo de Marta la adúltera, el hijo de la vergüenza y el hijo del azar. Dirán de él todo eso y más que eso porque son ciegos y no ven e ignorantes y no saben que su madre purificó la infancia de su hijo con sus dolores y sus lágrimas y que debió arrepentirse de haberle dado vida con su desgracia y sus sufrimientos. Yo moriré y dejaré a mi hijo huérfano y abandonado entre los rapaces de la calle sin otra herencia que un triste recuerdo que lo avergonzará si fuera cobarde y sumiso y que hará bullir su sangre si por el contrario fuera valiente y justo. Si el cielo protege a mi hijo y llega a ser un hombre fuerte él cooperará con el cielo para socorrer aún al que lo perjudicó perjudicando a su madre y si por el contrario muere joven escapando así de la red

de la edad se reunirá conmigo en el más allá donde lo estaré esperando en el lugar donde reinan la luz y la serenidad.

Inspirado por mi corazón dije entonces: Marta, no eres como los leprosos aunque vivas como ellos entre tumbas, ni estás mancillada por el hecho de que la vida haya permitido que te toquen manos mancilladas. Las máculas del cuerpo no contaminan a las almas puras y las nieves acumuladas no logran matar los gérmenes de las semillas que bajo ellas yacen, y esta vida es una era en la cual son molidas las gavillas de las almas sin que puedan por ello dar sus frutos pero ¡ay! de las espigas que queden al margen de la era, porque ellas serán transportadas por las hormigas de la tierra o devoradas por las aves del cielo y no podrán así entrar en los silos del dueño del campo. Tú, Marta, estás subyugada y el tirano que te domina es el hijo del palacio opulento que posee una gran fortuna pero que en cambio tiene un alma pequeña. Tú, Marta estás subyugada y eres despreciada y es preferible al hombre ser esclavo antes que amo, y es preferible ser víctima de la debilidad de los instintos terrenales que ser fuerte y aplastar con las garras las flores de la vida y afear con la soberbia la belleza de los sentimientos. Marta, el alma es un eslabón de oro desprendido de la cadena divina; el fuego puede con su calor fundir ese eslabón y cambiar su bella forma, pero no puede modificar su propia substancia, sino por el contrario aumentar su natural brillo. Pero ¡Ay! del leño cuando llegue el fuego y lo devore y al soplar el viento esparza sus cenizas por el desierto... Marta, tú eres una flor hollada por las patas de la bestia que se esconde dentro de la estructura humana. Esos cascos te han pisoteado con rudeza pero no han logrado hacer desaparecer de tí el perfume que exhalan las lágrimas de las viudas, los llantos de los huérfanos y los suspiros de los pobres, todos los cuales se elevan al cielo, fuente de donde emana toda justicia y toda

piedad. Consuélate Marta de ser la flor pisoteada y no el pie que cruelmente la holló.

Yo hablaba y Marta escuchaba y el consuelo que en mis palabras encontraba iluminaban su rostro suavemente al igual que iluminan las nubes los pálidos rayos del sol en su ocaso. Marta presentaba el aspecto de quien se sabe moribundo, la apariencia de una joven en la primavera de la vida que sin embargo oye los pasos de la muerte acercarse a su miserable lecho. El aspecto de una mujer abandonada que, ayer no más llena de vida y de vigor, se encontraba entre los hermosos valles del Líbano y hoy en su extrema debilidad solo espera desatar los lazos que aún la amarran a esta vida. Tras un triste silencio, Marta, uniendo los últimos restos de sus agotadas fuerzas, mientras sus lágrimas hablaban con ella y su alma se expresaba a través de sus suspiros, dijo:

—Yo he sido subyugada, yo soy mártir de la bestia que reside en cada hombre, yo soy la flor hollada por pies implacables. Yo estaba sentada junto a aquella fuente cuando pasó por allí un jinete... Y me habló cariñosa y tiernamente. Me dijo que yo era bella, y él me amaba y que jamás me abandonaría. Y agregó que el campo estaba poblado de soledad y que los valles eran la morada de las aves y de los chacales... y luego inclinándose hacia mí me estrechó contra su pecho y me besó, y yo hasta aquel momento desconocía el sabor de un beso porque era huérfana y abandonada. Hecho esto me colocó sobre el anca de su caballo y me llevó a una hermosa y solitaria villa. Me trajo entonces vestiduras de seda, aromáticos perfumes, sabrosas viandas y embriagantes licores... Hizo todo esto sonriente, disimulando sus feas pasiones y bajos deseos tras suaves palabras y ademanes gentiles... Y una vez que hubo saciado en mi cuerpo sus pasiones y cargado mi alma de vilezas, me abandonó dejando en lo más profundo de mis entrañas una

llama viva y ardiente que se nutrió de mi propio corazón, creció rápidamente y por fin salió a la obscuridad de este mundo entre el humo del dolor y las amarguras del llanto. Dividí así mi ser en dos partes, una débil que sufre y una pequeña que llora en la serenidad de la noche clamando por retornar a la amplitud del horizonte... y en aquella casa solitaria me abandonó el cruel déspota sin otra compañía que mi pequeño hijo debiendo ambos soportar los tormentos del hambre, del frío y de la soledad, sin otro apoyo que el llanto y los lamentos ni otra compañía que el miedo y la angustia.

Pronto los compañeros de mi burlador conocieron mi morada y sabiendo de mis necesidades y de mi debilidad llegaron uno en pos de otro a proponerme que cambiara mi honra por su dinero dándome así el pan a cambio del deshonor de mi cuerpo... y cuántas veces empuñé mi alma en mi propia mano para ofrecerla a la eternidad, pero luego aflojaba mi mano pensando que mi alma no me pertenecía a mí sola sino que la compartía con mi único compañero, el hijo de mis entrañas a quien el cielo alejó de sí arrojándole a este mundo de la misma manera que a mí me alejó de este mundo arrojándome al abismo profundo... Y así hemos llegado a este instante en que se aproxima la esperada muerte para conducirme a su sutil morada...

Y tras un silencio tan tenue como el rozar de los espíritus aéreos, elevó Marta sus ojos velados por la sombra de la muerte y muy quedamente dijo:

Oh justicia secreta, que te ocultas detrás de tan terribles imágenes y que oyes el llanto de despedida de mi alma y sientes el desvanecerse de mi corazón, a tí solamente imploro y a tí solamente ruego que tengas piedad de mi hijo y le guíes con tu diestra en tanto que con tu siniestra recibes mi alma.

Las fuerzas de Marta se derrumbaron y sus suspiros se hicieron cada vez más débiles, dirigió sus ojos hacia su hijo mirán-

dolo con ternura y tristeza y luego volvió lentamente la cabeza. Y con una voz que más parecía silencio musitó: "Padre nuestro que estás en los cielos... santificado sea tu nombre... venga a nos tu reino... y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... Perdónanos nuestros pecados..."

Su voz se apagó pero sus labios quedaron vibrando por un instante y cuando ellos se detuvieron todo movimiento en su cuerpo cesó. Luego tembló y emitió el último suspiro, su rostro palideció y su alma expiró, en tanto que sus ojos entreabiertos quedaron mirando hacia lo invisible.

* * *

Y al llegar el alba el cádaver de Marta La Banitana fue colocado en un ataúd de rústica madera y dos pobres hombres lo cargaron sobre los hombros hasta un campo abandonado en las afueras de la ciudad donde fue sepultado. Los sacerdotes rehusaron rezar sobre sus restos y se negaron a aceptar que sus huesos descansaran en la tierra sagrada en la cual la cruz vela sobre las tumbas. Y no la acompañaron hasta aquella fosa lejana sino su hijo y otro joven a quien las vicisitudes de la vida le han inculcado la ternura.

III

Juan El Loco

JUAN EL LOCO

EN los días estivales Juan acostumbraba a salir muy de mañana hacia el campo, arreando sus reses y llevando a cuesta el arado sobre sus hombros. Mientras caminaba iba escuchando el canto de las aves y el rumor de las hojas de los árboles al cimbrarse con el viento. Al llegar el mediodía se aproximaba al arroyuelo que corría por las quebradas de aquellas verdes praderas y se sentaba a comer cuidando de dejar esparcidas las sobras de su pan para sustento de los pájaros y al caer la tarde cuando el crepúsculo arrebatava del horizonte los últimos arboles, Juan regresaba a su humilde casa que quedaba a la vista de las aldeas y caceríos del Norte del Líbano. Y allí se sentaba junto a sus ancianos padres, a quienes oía narrar los cuentos de ayer hasta que el sueño venía a traerle el reparador descanso.

Y en los días invernales Juan se acurrucaba a calentarse junto al fuego mientras oía el silbido del viento y percibía la palpación de la naturaleza toda. Y pensaba en la sucesión de las estaciones en tanto que veía a través del pequeño ventanal los valles cubiertos de nieve y los árboles que desnudos de sus hojas parecían pobres arrojados a la intemperie entre las garras del intenso frío y de los inclementes vientos.

En las largas noches Juan velaba hasta que su padre quedara dormido y sacaba entonces de su armario el tomo del

Nuevo Testamento y en él leía algunos capítulos a la tenue luz de un candil y mientras leía miraba a hurtadillas de cuando en cuando para ver si su padre aún dormía, pues éste le tenía prohibido leer aquel libro por mandato de los sacerdotes que negaban a los simples conocer los secretos de las enseñanzas de Jesús, so pena de privarlos de los dones de la Iglesia.

Así pasó Juan su juventud entre los campos llenos de belleza y maravillas y el libro de Jesús pleno de luz y de espiritualidad. Juan era de natural reservado y meditabundo y oía los relatos de sus padres sin pronunciar palabra. Y aunque se juntaba con los muchachos de su edad, poco hablaba con ellos y se limitaba a mirar hacia la lejanía donde el horizonte se tocaba con el azul del cielo y cuando iba a la iglesia, regresaba preocupado porque las enseñanzas que se impartían desde el altar y el púlpito eran distintas de las que él leía en el Evangelio y el trato de los creyentes con sus superiores era muy diverso de la hermosa vida de la cual habló Jesús El Nazareno.

* * *

[[LLEGO la primavera y las nieves se deshicieron sobre los campos y las praderas y la que aún quedaba en los altos picachos fue también poco a poco derritiéndose, dando origen a los arroyos que ondulaban en las quebradas de los montes e iban a juntarse con los caudalosos ríos, que con el tronar de sus torrentes hablaban del despertar de la naturaleza; florecieron los almendros y manzanos y brotaron las hojas en las ramas de los álamos y de los sauces y las colinas se cubrieron de hierbas y de flores. Juan ya se había cansado de estar junto a los fogones y se daba cuenta de que su ganado estaba aburrido de la estrechez del aprisco y añoraba los verdes pastizales, porque el pasto seco ya escaseaba y la cebada

en los depósitos se había agotado. Entonces Juan puso en libertad a sus animales y caminó delante de ellos hacia el campo escondiendo en los pliegues de su albornoz el libro del nuevo testamento a fin de ocultarlo a todas las miradas, hasta que hubo alcanzado con su rebaño las praderas que se encuentran en lo más alto del valle junto a los campos que pertenecen al monasterio del profeta Elías, que se alza como atalaya en lo alto de las colinas. Mientras que su ganado se dispersaba por el campo a comer el pasto de la pradera, Juan se sentó apoyado en una roca mirando a veces la belleza del valle que tenía a sus pies y otras las páginas del libro en que se habla del reino de los cielos.

* * *

ÉSE día era uno de los últimos de la cuaresma y los habitantes de aquellos poblados que guardaban la abstinencia de carne esperaban ansioso la llegada de la Pascua de Resurrección. En tanto que Juan como los demás campesinos de la región no distinguía entre los días ordinarios y los de Cuaresma dado que la vida entera era para él sólo una larga cuaresma y su comida se limitaba diariamente al pan amasado con el sudor de su frente y a frutas obtenidas con la sangre de su corazón, de ahí entonces que la abstinencia de carne y de sabrosos manjares no tuviera para él significación alguna. El símbolo de la cuaresma no afectaba a su cuerpo, sino sólo a su espíritu, porque él le traía el recuerdo de la tragedia del hijo del hombre y el término de su vida sobre la tierra.

Los pájaros aleteaban en torno a Juan en tanto que mantenían entre ellos un dulce coloquio, las bandadas de palomas volaban raudamente y las flores ondeaban al soplo del viento como si estuvieran bañándose en los rayos del sol entretanto

que Juan leía detenidamente en su libro y alzando la cabeza de vez en cuando miraba las cúpulas de las iglesias que se erguían en las ciudades y aldeas a ambos costados del valle mientras sus oídos percibían el repique de sus campanas. Cerraba entonces Juan los ojos y en espíritu se dirigía por encima de las ruinas de los siglos hacia la vieja Jerusalén, siguiendo los pasos de Jesús por sus calles y preguntando por él a los transeúntes que le respondían diciendo: "Aquí curó a los ciegos e hizo alzarse a los paralíticos, y allá hicieron para él una corona de espinas y la colocaron sobre su cabeza. En este patio habló a las muchedumbres en parábolas y en aquel palacio fue atado a la columna, le escupieron en el rostro y lo azotaron. En esta calle perdonó sus pecados a la mujer adúltera y en aquella cayó al suelo bajo el peso de su cruz.

Pasó el tiempo y Juan sufría corporalmente con el Dios hombre y se regocijaba con él espiritualmente. Cuando hubo llegado el mediodía Juan se puso de pie y mirando a su alrededor no encontró su rebaño; entonces caminó buscando por todas partes extrañado de su desaparición en aquellas extendidas praderas y cuando hubo alcanzado el camino que a penas hendía sobre el valle como las líneas en la palma de la mano vio alzarse entre los vergeles a un hombre vestido con negra túnica. Corrió tras él y cuando lo hubo alcanzado, y supo que era un monje, después de saludarlo respetuosamente con una inclinación de cabeza le preguntó: **¿Ha visto Su Reverencia a mis rebaños caminando entre los vergeles?** El monje lo miró con un disimulado enojo y le dijo en tono malicioso: **Si he visto tus rebaños, allá están. Ven conmigo y los verás.** Siguió Juan tras el monje hasta que llegaron al convento y allí pudo ver sus animales dentro de un amplio corral amarrados a sendos postes y vigilados por un monje que tenía en sus manos una larga pícana con la cual golpeaba a los animales cada vez que se mo-

vían. Y cuando Juan quiso marcharse llevando sus animales, el monje lo tomó fuertemente del albornoz y mirando hacia el interior del patio del convento gritó: **Este es el pastor delincuente, lo he atrapado.** Los sacerdotes y los monjes asomaron entonces por todas partes encabezados por el Abad quien se distinguía de sus compañeros por sus finas vestiduras y su ceño adusto y todos rodearon a Juan al igual que guerreros que se disputan el botín. Entonces Juan miró al Abad y le dijo tranquilamente: **¿Qué he hecho yo para que me consideréis un delincuente y por qué me habeis capturado?** El Abad con dura expresión en su terco rostro y con una voz cascada que semejaba el chirrido de la sierra en la madera, dijo entonces: **Tus animales han devorado las hortalizas del convento y han comido las ramas de las vides por eso te hemos apresado porque el pastor es responsable de los daños que haga su ganado.** Juan dijo entonces en tono implorante: **Son bestias irracionales, Reverendísimo, yo soy pobre y no tengo otros bienes que la fuerza de mis brazos y estos pocos animales. Dejádme pues marchar y me comprometo a no volver más por estas praderas.** Y el Abad adelantándose y elevando las manos al cielo exclamó: **Dios nos ha colocado en este sitio y nos ha confiado la misión de cuidar de estas tierras del gran Elías y nosotros velamos por ellas día y noche con todo nuestro vigor porque ellas son sagradas y son como fuego que quema a todo aquél que ose acercárseles. Si tú te negaras a indemnizar al convento la hierba que tus animales han comido les hará el efecto de mortal veneno, pero creo que no podrás dejar de pagar pues nosotros retendremos tus animales en nuestro poder hasta que hayas pagado el último centavo.**

EL Abad hizo ademán de marcharse pero Juan le retuvo diciéndole: **Os suplico, mi señor, por estos días sagrados en los cuales Jesús padeció y María lloró sus dolores que me dejéis marchar con mis animales. No seáis duro de corazón, soy un pobre miserable y el convento es inmensamente rico. Perdonad vosotros mi distracción y tened piedad de la ancianidad de mi padre.** El Abad miró burlescamente a Juan diciéndole: **El convento no puede perdonarte ni en lo más mínimo oh ignorante, ya seas pobre o seas rico y no me imploras en nombre de las cosas sagradas porque yo conozco mejor que tú sus secretos y sus misterios. Si quieres llevarte de aquí tus animales debes pagar tres dinares como indemnización por lo que tu rebaño ha devorado.**

Juan balbuceó entonces con voz ahogada: **No poseo siquiera un milésimo. Tened piedad de mí, Reverendísimo, y misericordia de mi pobreza, a lo cual el Abad, después de atuzarse la gruesa barba con los dedos, expresó: Ve, y vende una parte de tu campo y tráeme los tres dinares, es preferible para tí entrar al cielo sin tener campo que arrostrar las furias del Gran Profeta Elías por el rechazo que formulas ante su altar, lo cual al final te ha de llevar al infierno donde arde eternamente el fuego.**

* * *

JUAN se quedó silencioso por un momento, tras el cual sus ojos refulgieron y su rostro se encendió cambiándose en él la expresión suplicante por las manifestaciones de fuerza y voluntad y con una voz en la cual se mezclaba la firmeza que da la convicción con el vigor propio de la juventud exclamó: **¿Acaso el pobre debe vender su campo fuente de su pan y de su vida para incrementar con su valor las arcas del convento repletas de oro y plata? ¿Es acaso justicia que el pobre se haga más po-**

bre y que el miserable muera de hambre para que el Gran Elías perdona los daños causados por bestias hambrientas? El Abad entonces levantando orgullosamente la cabeza dijo: Son palabras de Cristo "A quien tiene le será dado y al que no tiene le será quitado".

Juan al escuchar estas palabras sintió como que su corazón se volcara en su interior y su alma se engrandeciera, y se irguió en toda su estatura como si la tierra se hubiera levantado bajo sus pies y sacando de su bolsillo el evangelio como el soldado que esgrime su sable para defenderse gritó: Así jugáis con las enseñanzas de este libro, oh hipócritas, así utilizáis las cosas más sagradas de este mundo para difundir las maldades de la vida. ¡Ay de vosotros cuando venga nuevamente el Hijo del Hombre y destruya vuestros conventos esparciendo sus piedras por el valle y quemando sus altares, sus imágenes y sus estatuas! ¡Ay de vosotros cuando la preciosa sangre de Cristo y las inmaculadas lágrimas de su madre se transformen en un torrente arrollador que os arrastrará a todos vosotros hasta las profundidades del abismo! ¡Ay y mil veces ay de vosotros que os sujetáis al ídolo de vuestras ambiciones, que con vuestras túnicas negras cubrís la ruindad de vuestras acciones y que en tanto que musitáis oraciones con los labios vuestros corazones están más endurecidos que las rocas, que mientras os proster-náis con fingida humildad ante los altares, vuestras almas se rebelan contra Dios. Con malas artes me habéis atraído hasta este lugar pleno de vuestros pecados y me habéis aprehendido como si fuera un delincuente por un manojo de hierbas que el sol hace brotar por igual para vosotros y para mí. Y cuando yo os he suplicado en el nombre de Cristo e invocado los días de su Pasión y de sus lamentos vosotros os habeis burlado de mí como si hubiere proferido sandeces e ignorancias. Tomad este libro y mostradme en él alguna oportunidad en que Cristo

no haya sido clemente. Leed esta Tragedia Divina y señaladme alguna ocasión en que El no haya predicado con misericordia y ternura. ¿Será acaso en el Sermón de la Montaña, o en sus enseñanzas en el Templo ante los que enrostraban su pecado a la pobre mujer adúltera, o acaso en el Gólgota cuando extendió sus brazos sobre la cruz para abrazar a todo el género humano? Mirad, oh duros de corazón esas pobres ciudades y esas campiñas y ved en los hogares que en ella se encuentran los enfermos que sufren sobre el lecho del dolor, ved cómo en sus cárceles consumen sus días los miserables y cómo ante sus puertas clamaban los mendigos! ¡Ved cómo en los senderos de los campos duermen agotados los forasteros y cómo en los cementerios derraman lágrimas las viudas y los huérfanos, entre tanto vosotros aquí os refociláis en la pereza y en la incuria y saboreáis los frutos de los campos y el dulce jugo de las viñas; jamás habeis visitado a un enfermo, ni redimido un cautivo, ni alimentado a un hambriento, ni hospedado a un peregrino, ni consolado a un triste. Y ojalá os conformarais con lo que ya tenéis y os satisficierais con lo que ya habéis arrebatado con malicia a nuestros antepasados, pero en cambio extendéis vuestras manos como las serpientes estiran sus cabezas y os apoderáis de lo que la viuda ha ahorrado con su dura labor y lo que el labrador ha guardado para los días de su ancianidad”.

Juan guardó un momento de silencio para tomar aliento y luego alzando orgullosamente su cabeza dijo en tono sereno: Vosotros sois muchos en cambio yo estoy solo, haced conmigo lo que queráis, pues los lobos devoran a la oveja amparados en las tinieblas de la noche, pero las huellas que su sangre deja perduran en las piedrecillas del valle hasta la llegada del alba y la salida del sol.

Y cuando Juan hablaba, había en su voz una fuerza sobrenatural que paralizaba el movimiento en los cuerpos de los

monjes y removía de sus almas los sentimientos de ira e indignación, y cual cuervos hambrientos y encerrados en estrechas jaulas los monjes tiritaban de ira y sus dientes castañeteaban fuertemente en espera de que su jefe diera la señal para lanzarse sobre Juan destrozándolo y aplastándolo. Y cuando Juan hubo terminado de hablar del mismo modo que la tempestad se silencia después de desgajar las erguidas ramas y destrozarse los troncos secos, el Abad gritó a los monjes diciéndoles:

“Aprended a ese pérfido delincuente, arracad de sus manos el libro y arrastrádo a la más obscura celda del convento por que aquél que aquí blasfema contra los elegidos de Dios no será perdonado ni en este mundo ni en la eternidad”. Los monjes se abalanzaron sobre Juan al igual que los buitres sobre la carroña y lo condujeron atado a una estrecha celda donde lo dejaron encerrado después de haber maltratado su cuerpo con golpes de manos y pies.

EN aquella celda se quedó Juan de pie como un triunfador a quien el enemigo ha logrado capturar, y al mirar por la ventanilla que daba al valle pleno de luz del día su rostro se iluminó y sintió un goce espiritual que abrazaba su alma y una dulce serenidad que embriagaba sus sentimientos; pues la estrecha celda tan sólo oprimía su cuerpo mientras que su alma permanecía libre uniéndose en estrecho abrazo con la brisa y recorriendo los campos y praderas. Entretanto, las manos de los monjes que habían lacerado sus miembros no habían logrado tocar sus sentimientos, que habían buscado refugio junto a Jesús El Nazareno, porque al hombre no le hieren las opresiones cuando él es justo ni lo aniquila la tiranía cuando junto a él está la verdad. Así Sócrates bebió sonriendo el veneno y Pablo experimentó alegría mientras lo la-

pidaban. En cambio cuando, contrariamos nuestra íntima conciencia, ella nos amedranta y cuando la traicionamos, ella nos hace morir.

* * *

LOS padres de Juan pronto supieron lo que había acaecido a su único hijo y la madre llegó hasta el convento apoyada en su bastón y se arrojó a los pies del Abad derramando lágrimas y besando sus manos para pedirle que tuviera piedad de su hijo y que perdonara su ignorancia. Y el Abad elevando sus ojos al cielo en ademán de abstraerse de las cosas mundanas, dijo a la madre de Juan: **Nosotros perdonamos la imprudencia de tu hijo y toleramos su locura, pero el convento posee derechos que son sagrados y es menester que perciba los tributos que de ellos emanan. Nosotros en nuestra humildad perdonamos los yerros de nuestro prójimo, pero Elías El Grande no disculpa a quienes destrozan sus viñedos y devoran las plantas de sus huertos. La madre de Juan miró al Abad en tanto que sus lágrimas caían sobre sus mejillas arrugadas por la ancianidad, y luego quitándose del cuello una cadena de plata la depositó en mano del Abad diciendo: No tengo otro bien que esta cadena, Reverendísimo, ella es un obsequio de mi madre en el día de mis bodas que el convento la acepte como una reparación por las culpas de mi único hijo. El Abad tomó la cadena y la colocó en su bolsillo y en tanto que la madre de Juan besaba sus manos en señal de gratitud y de reconocimiento, dijo: ¡Ay de este siglo en que las palabras del Libro se han revertido pues mientras los hijos comen del ácido agraz, a los padres se le destemplan los dientes! Vé piadosa mujer y ruega por tu hijo loco a fin de que el cielo lo cure y le devuelva la perñida razón.**

JUAN salió de su prisión y caminó lentamente delante de sus reses junto a su madre que inclinada por el peso de los años se apoyaba en su bastón, y cuando hubieron llegado a la choza donde vivían, Juan llevó los animales al establo y luego se sentó serenamente junto a la ventana a mirar cómo se desvanecía la claridad del día, y al poco rato sintió como su padre susurraba al oído de su madre estas palabras: **Cuántas veces me has contradicho Sara cuando yo te decía que nuestro hijo Juan es un demente y ahora en cambio veo que no lo haces pues ves que sus acciones han justificado mis palabras y el muy venerable Abad del convento te ha confirmado hoy lo que hace tantos años yo te vengo repitiendo.**

Y Juan continuaba contemplando el ocaso en el que los rayos del sol teñían las compactas nubes.

* * *

[[LLEGO la Pascua de Resurrección y los días de ayuno y abstinencia de carne se convirtieron en días de destemplanza en el comer y beber y ya estaba terminado el edificio de la nueva iglesia que se erguía en medio de las casas de la ciudad de Bicharri, al igual que el palacio de un Emir que se alzara entre las chozas de sus vasallos. El pueblo esperaba con ansias la llegada de un Obispo que vendría a bendecir la iglesia y consagrar sus altares y cuando supieron que el Obispo se aproximaba salieron procesionalmente a recibirlo y lo condujeron hasta la ciudad en medio de los vítores de los muchachos, los cánticos de aleluyas de los sacerdotes, el toque de los timbales y el repique de campanas y esquilonas. Cuando el Obispo hubo descendido de su cabalgadura, de montura recamada y de argentinas bridas, los adalides y caudillos del pueblo lo recibieron con acogedoras palabras, dándole la bien-

venida con poemas y cánticos que comenzaban con alabanzas y terminaban con elogios al Prelado. Luego de haber entrado en el nuevo templo, el Obispo se revistió de sus ornamentos pontificales bordados con oro, se colocó la mitra repujada de perlas y tomó en su mano el báculo adornado con hermosas incrustaciones de piedras preciosas. Marchó entonces en torno al Templo entonando junto con los sacerdotes los himnos y oraciones y en torno a él se hacía sentir el rico aroma del incienso y refulgían los cirios encendidos. Juan se encontraba en aquél momento junto a otros pastores y labradores en un terraplén frente a la iglesia y contemplaba con ojos tristes el solemne espectáculo. Suspiraba amargamente y dejaba escapar doloridos y ahogados sollozos al ver por una parte las bordadas vestimentas de seda, los ricos paramentos de oro y los valiosos incensarios y candelabros de plata y por la otra contemplaba a una multitud de gentes miserables y desarrapadas venidas de las aldeas y campos vecinos a presenciar las festividades de Pascua de Resurrección y las solemnidades de la ceremonia de consagración de la nueva iglesia. De un lado estaba la grandeza vestida de seda y terciopelo y del otro la indigencia envuelta en miserables harapos. Ahí estaba la gente humilde y despreciada alegrándose silenciosamente con el triunfo de Jesús sobre la muerte, orando serenamente y susurrando en los oídos del viento sus cálidos suspiros que brotaban de lo más profundo de sus humillados corazones, y allá se encontraban los adalides y caudillos cuya opulenta existencia semejaba a los pinos perennemente verdes. Ahí estaban los pobres y los labradores cuyas sumisas existencias semejaban una barca cuyo capitán fuera la muerte, cuyos remos estuvieren quebrados por el embate de las olas, y cuyas velas se hubieren rasgado por el viento y que continuara navegando y cabeceando entre la furia de las olas y el terror de la tem-

pestad. Ahí estaba la horrible tiranía y allá la ciega sumisión. ¿Y cuál de ellos engendra al otro? Acaso la tiranía es un árbol fuerte que sólo puede brotar en las hondonadas o es la sumisión una pradera abandonada en la que sólo se dan espigas?

* * *

EN estas angustias cavilaciones y atormentadores pensamientos estaba Juan ocupado apretando sus manos contra su pecho como si su garganta no pudiera contener sus suspiros y temiera por ello que su pecho estallara abriéndose en innumerables gargantas y orificios. Y cuando hubo terminado la ceremonia de la consagración del nuevo templo y el pueblo comenzaba a retirarse y dispersarse, Juan sintió como si en el espacio hubiera un espíritu que le ordenaba predicar en su nombre, y como si en la multitud hubiera una fuerza que impulsara su alma y la instara a alzarse como un orador ante el cielo y la tierra. Entonces Juan adelantándose hasta el borde del terraplén alzando los ojos al cielo y mostrando con su mano hacia la altura con voz y gesto solemnes que atraían los oídos y la vista, clamó diciendo:

“Mirad Oh Jesús Nazareno tú que estás sentado en el corazón del círculo del cual mana la luz suprema. Mirad desde la cúpula azul hacia esta tierra de cuyos cuatro elementos formaste otrora tu ropaje. Mirad, Oh fiel labrador, cómo los abrejos han ahogado las gargantas de las flores que fueron regadas con el sudor de tu frente. Mirad, Oh Buen Pastor, cómo las garras de las fieras han destrozado los costados del débil cordero al que llevaste sobre tus hombros. Mirad cómo tu sangre preciosa se ha sumido en el vientre de la tierra y tus cálidas lágrimas se han secado sobre el corazón de los

hombres y tus ardientes suspiros se han disipado ante los vientos del desierto. Y estos campos que santificaste con tus pies se han transformado en lugares de combate en los cuales las plantas de los fuertes han hollado los costados de los caídos, y las manos de los tiranos arrancan la vida a los débiles. El clamor de los miserables que se alza en torno a estas tinieblas no es escuchado por aquéllos que en tu nombre ocupan tronos y los lamentos de los afligidos no llegan hasta los oídos de quienes en los púlpitos repiten tus enseñanzas porque las ovejas que tú enviaste a predicar la palabra de la vida se han transformado en lobos feroces que con sus colmillos desgarran el vellón de los corderos que tú estrechaste contra tu pecho, y la palabra de vida que tú hiciste surgir del pecho de Dios ha quedado olvidada en las entrañas de los libros y en su lugar ha surgido un bullicio pavoroso ante el cual tiemblan de espanto las almas; Oh Jesús, ellos han levantado en honor de sus propios nombres templos revestidos de sederías y recamados de oro, y han dejado los ateridos cuerpos de los pobres que tú elegiste, desnudos en las frías callejuelas, y han colmado el aire con el humo del incienso y las llamas de los cirios y han dejado hambrientos de pan a aquéllos que creen en tu divinidad, y como llenan el aire de cánticos y aleluyas no pueden oír el llanto de los huérfanos y los ayes de las viudas. Venid otra vez, Oh Jesús, y arrojad de tus templos a los mercaderes de la religión quienes han transformado esos templos en sórdidas cavernas en las cuales se retuercen las víboras de su cinismo e hipocrecía. Venid y juzgad a estos Césares que no sólo han arrebatado a los pobres lo que les pertenece sino también lo que pertenece a Dios. Venid y ved cómo los gusanos han devorado los sarmientos de las vides que tú plantaste con tu diestra y los transeúntes han pisoteado sus pámpanos. Venid y ved cómo

aquéllos a quienes confiaste tu paz se han dividido, se han enfrentado los unos a los otros y se han querellado entre sí y las carroñas de sus luchas no son otra cosa sino nuestras angustiadas almas y nuestros abatidos corazones. En sus festividades y ceremonias alzan audazmente sus voces exclamando: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. ¿Acaso tu Padre Celestial se gloria porque labios pecadores y lenguas fementidas pronuncien su nombre? Y acaso habrá paz si los hijos de la miseria deben trabajar los campos cara al sol para saciar el hambre de los fuertes y llenar el vientre de los tiranos? ¿Y acaso reinará la alegría entre la gente si los pobres deben encarar la muerte con los ojos abatidos al igual que el vencido mira a su salvador? ¿Qué es la paz, oh dulce Jesús? ¿Está ella, acaso, en los ojos de los niños reclinados sobre los pechos de sus madres hambrientas en los oscuros y fríos hogares? ¿O acaso estará en los cuerpos de los necesitados que recostados en duros lechos de piedra ansían el alimento que los monjes de los conventos arrojan a sus puercos y que ni siquiera esto logran? ¿Y qué es la alegría, oh bello Jesús? ¿Consiste acaso en que el Emir compre con el dinero que le sobra la fuerza de los hombres y la honra de las mujeres? ¿O acaso consiste en que guardemos silencio y nos convirtamos en alma y cuerpo en siervos de aquéllos que deslumbran nuestros ojos con el oro de sus blasones, el fulgor de sus joyas y el terciopelo de sus vestiduras o consiste en que cuando gritamos clamando y pidiendo justicia los poderosos envían en contra nuestra sus huestes blandiendo sus espadas y hollándonos con los cascos de sus caballos destrozando los cuerpos de nuestras mujeres y nuestros hijos y embriagando así la tierra con nuestra sangre...? Tienda tu mano, oh poderoso Jesús, y ten piedad de nosotros porque la mano del tirano pesa con fuerza sobre nosotros, o de

lo contrario envíanos la muerte que nos conducirá a las tumbas en las que reposaremos bajo el cuidado de tu cruz hasta tu próxima venida, porque esta vida que llevamos no es propiamente vida sino tinieblas en las cuales los malignos fantasmas compiten entre sí, o un valle poblado de terribles víboras. Nuestros días tampoco son tales, sino afiladas espadas que la noche oculta junto a nosotros en nuestros lechos y que la mañana esgrime sobre nuestras cabezas cuando el amor por la vida nos hace salir a labrar nuestros campos. Ten misericordia, Oh Jesús, de esta multitud reunida en tu nombre en el día de tu Resurrección de la tumba y mira con clemencia su fragilidad y servilismo.

Y mientras Juan conversaba con el cielo había en la multitud que lo rodeaba quienes escuchaban con satisfacción sus palabras y otros que se mostraban contrariados y furiosos. Uno decía: Juan no ha dicho sino la verdad y ruega por nosotros al cielo porque nos encontramos oprimidos. En cambio otro expresaba: En él habla un espíritu maligno. Otro por su parte exclamaba: Jamás anteriormente hemos oído tal palabrería de parte de nuestros padres y abuelos y no queremos oírlas hoy tampoco. Susurraba otro al oído de su vecino: Al oír la voz de Juan he sentido en lo más profundo de mi corazón como un mágico estremecimiento. El habla con un vigor extraordinario. A lo que su interlocutor contestaba: Sí, pero nuestros jefes espirituales saben más que nosotros de nuestras necesidades y cometeríamos un error si dudáramos de ellos.

Y mientras todas estas voces surgían de la multitud dejándose oír todas ellas juntas como el ruido del mar para luego perderse en el espacio, un sacerdote se acercó a Juan, lo tomó y lo entregó a la policía, la que a su vez lo llevó ante el gobernador. Y cuando Juan fue interrogado no respondió palabra alguna pues recordaba que Jesús guardó silencio ante sus per-

seguidores; lo condujeron entonces a una oscura celda donde durmió serenamente apoyado en el muro.

A la mañana siguiente, el padre de Juan vino ante el gobernador y atestiguó la locura de su único hijo, diciendo: **Muchas veces, Señor, he oído a mi hijo divagando en soledad y hablando cosas extrañas que escapan a toda realidad. Muchas veces lo he visto pernoctar hablando con el silencio en palabras desconocidas, llamando a las sombras de las tinieblas con voz aterradora que semejava a las invocaciones de los hechiceros y brujos. Podeis, Señor, preguntar a los muchachos del harrio que conocen bien a Juan y saben cómo su mente ha errado siempre por mundos lejanos. Y ellos os podrán decir también que cuando hablaban a Juan éste no les respondía o bien contestaba con palabras confusas e incoherentes. Puedes interrogar a su madre, ella mejor que nadie sabe de la desvinculación que hay entre el alma de Juan y los hechos de la realidad sensible. Ella lo ha sorprendido muchas veces oteando el horizonte con sus ojos inmóviles en tanto que hablaba con ansias de los árboles, de los arroyuelos, de las flores al igual que lo hacen los pequeñuelos cuando hablan de las cosas sin importancia. Puedes preguntar a los monjes con quienes disputó ayer haciendo mofa de su eremitismo y de su veneración a Dios y renegando de su modo de vida. Juan está loco señor pero es muy tierno con su madre y conmigo. El es el apoyo de nuestra vejez y vierte el sudor de su frente para satisfacer nuestras necesidades. Ten piedad de Juan, Señor, en atención a nosotros y perdona su locura en aras de su amor filial.**

Juan fue puesto en libertad y en toda la comarca se supo de su locura. Los muchachos cada vez que hablaban de él lo hacían con burla y las jóvenes cuando lo encontraban miraban con ojos compasivos, diciendo:

“El cielo tiene enigmas que el hombre no alcanza a compren-

der y en este joven ha unido la belleza del rostro con el desorden de su mente y el dulce fulgor de sus ojos con la obscuridad de su alma enferma”.

* * *

Y en aquellas praderas y colinas revestidas de hierbas y de flores Juan se sentaba entre sus reses que se despreocupaban de los problemas del hombre mientras gustaban del sabroso pasto. Juan entretanto miraba con los ojos empapados de lágrimas las aldeas esparcidas a uno y otro lado del valle mientras repetía con hondos suspiros estas palabras:

VOSOTROS SOIS MUCHOS Y YO ESTOY SOLO; DECID DE MI LO QUE QUERAIS Y HACED DE MI LO QUE OS PLASCA, PUES LOS LOBOS DEVORAN A LAS OVEJAS EN LA OBSCURIDAD DE LA NOCHE PERO LA SANGRE DE ESTAS PERDURA SOBRE LAS PIEDRECILLAS DEL VALLE HASTA QUE LLEGA EL ALBA Y BRILLA EL SOL.

Las Vírgenes de las Praderas

I N D I C E

	Págs.
I Biografía de Gibrán Jalil Gibrán	7—8
II Gibrán Jalil Gibrán, por Gabriela Mistral	9
 III LAS VIRGENES DE LAS PRADERAS.	
a) Las Cenizas de los Siglos y el Fuego Inmortal	11—24
b) Marta “La Banitana”	25—40
c) Juan El Loco	41—60